

—Te conozco, Malo... Pierdes el tiempo enseñándome esas asquerosidades... Mi carne está muerta... Gloria al Señor... La impureza no entrará en la casa de su siervo.

VII

Maltrana, en la apacible calma de su nueva existencia, terminó pronto el libro del marqués de Jiménez. El grave prócer mostrábase satisfecho del trabajo. Además, por encargo suyo, vigilaba el joven la impresión y corregía las pruebas. ¡El senador tenía tantas ocupaciones!...

Cada vez que Isidro le presentaba un pliego impreso, don Gaspar examinábalo minuciosamente, dando bufidos de satisfacción ante las páginas que presentaban gran cimiento de notas. Las que aparecían con el texto sólo, provocaban en él un mohín de disgusto.

—No tienen seriedad—decía el senador.—Parecen páginas de una novela. Pero, hombre, ¿qué le hubiera costado poner unas cositas al pie?...

Cuando el libro estuvo impreso, el marqués hizo un nuevo encargo á Maltrana. El jefe del partido, que había de escribir el prólogo, entreteníale con excusas, sin cumplir su promesa. Don Gaspar no se ofendía por ello, conociendo las exigencias de la política, la vida cruel, abrumada de trabajo, que arrastran sus hombres. Por fin, el importante personaje, dando al marqués una muestra de gran confianza, le había rogado que

escribiese él mismo el prólogo, autorizándole para que pusiese su firma al pie. Quien había escrito un libro tan notable, bien podía en una noche pergeñar unas cuantas cuartillas á guisa de introducción.

—Y yo, joven amigo—siguió diciendo el prócer—le transmito á usted el encargo, rogándole que haga todo cuanto sepa... ¡Qué honor, joven! ¡Escribir cosas que ha de avalorar con su firma un personaje ilustre! Muy pocos alcanzan esta gloria á la edad de usted... Creo inútil indicarle lo que el prólogo debe decir. A su talento me confío. El jefe me quiere mucho; de permitirlo sus ocupaciones, hubiese dedicado á mi obra grandísimas alabanzas. Tire usted de pluma sin miedo. Mejor que nadie, sabe usted que ese libro es el resumen de una larga vida política y que hay en él cosas muy notables.

Descendiendo, como él decía, á la práctica, y sin soñar (eso nunca), habló el marqués de la remuneración del nuevo trabajo. Por el libro, ajustado en tres mil reales, le daría mil pesetas, pues estaba contento, aunque no había apretado la mano tanto como él deseaba en lo de las notas. Aun así, el jefe, que sólo conocía el índice, había hecho grandes elogios de la erudición de la obra. Por el prólogo le aumentaría cincuenta duros, pero tendría que lucirse, haciendo un trabajo que asombrase y apabullase á los otros caudillos de grupo, que osaban discutir en el Congreso con el ilustre jefe.

—Estos son misterios de alta política. ¡Qué honor para usted, conocerlos siendo tan joven! Punto en boca, amigo Maltrana: me perdería usted ante el jefe, si éste llegase á saber que el prólogo lo ha hecho otro que yo. No tendría confianza en

mí, y á usted le conviene que la tenga... ¡Cuando seamos poder!... ¡Ya verá usted, cuando seamos poder!

Con estas esperanzas, pretendía halagar á Maltrana para que guardase silencio. El joven escribió el prólogo, mostrándose satisfecho de la retribución. ¡Cinco mil reales, de los cuales llevaba comidos cerca de la mitad!... Le quedaba cuerda para dos meses largos, y en este tiempo, raro sería que don Gaspar, halagado por el éxito, no deseara hacer otro libro. Decididamente, la vida era alegre.

Aún no había salido del primer encantamiento de su existencia plácida, ordenada y tranquila, al lado de Feli. La muchacha se revelaba como una excelente ama de casa. Descendía por las mañanas á la plazuela con mantón y cesta; después, pasábase el día con los brazos arremangados, cocinando, sacudiendo el polvo, repasando la escasa ropa de Isidro.

Nunca había ido éste tan pulcro. Sus amigos hablaban con asombro de la blancura de su camisa y la limpieza de su sombrero. Además, engruesaba, tenía mejor color. Los pucheretes de Feli, los guisos campestres aprendidos en casa de su padre y el no trasnochar, daban nuevo vigor á su cuerpo, quebrantado por las privaciones y desarreglos de la vida bohemia.

—Tiene una muchacha—decían sus camaradas—que le arregla y le cuida: una verdadera ganga, y además, guapa. ¡Qué suerte la de ese chico!...

Y comentaban el astuto recelo de Maltrana, que, conociendo la lengua libre y las audacias de la tropa menuda de sus amigos, cuidábase de ocultarles su domicilio. Temía las visitas de éstos,

y aun á los más íntimos les daba cita en el salón del Ateneo llamado de la *Cacharrería*.

Feli, por su parte, también experimentaba los beneficiosos efectos de la nueva existencia. Mostrábase alegre: sólo de tarde en tarde pasaba una nube por sus ojos, acordándose del *Mosco*. ¡Qué haría su padre en la casucha de las Carolinas! ¡Qué diría de ella!...

Cuando en las tardes de los domingos salían los dos á las afueras, evitando el aproximarse á los Cuatro Caminos, ó paseaban por las avenidas más solitarias del Retiro, el amante contemplábala con cierto orgullo, como si fuese obra suya, complaciéndose en sus perfecciones.

—¡Si te viesen tus amigas de antes, chiquilla!... Estás hecha una señorita: el día en que menos lo esperes te compro un sombrero.

Había adquirido Feli su traje en una tienda de modas de la calle de Toledo. La sedujeron unos maniquís colocados en la acera como si fuesen damas sin cabeza, vestidas de colorines y alineadas para una recepción. Del vientre de todas ellas colgaba un cartel con la cifra del precio. Feliciano había escogido un traje azul con adornos negros «última moda venida de París», según declaración formal del hortera. Con él y una mantilla modesta, la muchacha parecía otra. Hasta ocultaba con guantes aquellas manos que eran su orgullo en el barrio de las Carolinas.

Pero lo que más satisfacía su vanidad femenil eran las botas, las famosas botas de color limón con las que había soñado tantas veces y que apreciaba como el mejor de los regalos de Isidro. El calzado era una de sus preocupaciones. Consideraba sus pies la parte más preciada de su persona, y al andar fijaba los ojos coquetamente en

las dos manchas de oro pálido, de aguda punta, que aparecían y se ocultaban alternativamente bajo el borde de su falda.

De sus paseos del domingo volvían fatigados, con los pies cubiertos de polvo, pensando en la dulce quietud de su casita, en la cena que les esperaba, en la noche de cariñosa intimidad, interrumpida al otro lado del tabique por las visiones tentadoras del señor Vicente.

—Estamos hechos unos burgueses—decía Isidro.—No hay en Madrid una pareja legal que viva tan virtuosamente como este par de socios... libres.

Y se aislaban cada vez más, satisfechos de su amor, olvidados del mundo, creyendo que la vida podía deslizarse de este modo, eternamente.

Maltrana, al ir por la calle, examinaba á las gentes con extrañeza, como si fuesen de otra raza, como si él procediese de un mundo distinto. Al bajar de su alta habitación creía descender á otro planeta.

La gran mayoría de los transeuntes, no amaban ni eran amados. ¡Y podían subsistir así!... El apenas si se acordaba de los tiempos recientes en que vivía como en el Limbo, sin otras pasiones que leer, soltar paradojas y morder á los de arriba, no enterándose de que existían mujeres en el mundo y un sentimiento llamado amor. Ahora le parecía imposible haber vivido de este modo, como una planta, como un pedrusco, sin verdadera alegría, sin dulces tristezas... sin ideal. Como él había sido, así eran casi todas las gentes que pasaban junto á él. Vivían preocupadas por las más groseras aspiraciones, sin una chispa de amor. Toda la poesía de la tierra se reconcentraba en unos cuantos, que eran ellos, los enamorados.

Maltrana pensaba con orgullo que en el mundo existe una reducida aristocracia, y que él pertenecía á ella: la aristocracia del amor, de los que saben embellecer la vida con sus pasiones. Los demás eran pobres bestias que bostezaban de aburrimiento con los ojos bajos y los pies en el barro, aunque gozasen de todos los refinamientos del bienestar.

Una tarde, Maltrana, encontró al señor Manolo el *Federal*, en la acera de la Puerta del Sol, donde tenía establecidas sus oficinas.

—Bien, muy bien, ciudadano—dijo irónicamente el capataz.—Tú y la Feli, la habéis metido hasta el corvejón. Parece mentira que hombres intelectuales que no son del cuarto estado, cometan esas pifias.

Le miraba con sus ojos saltones, limpiándose el sudor de la frente, jadeando, antes de hacer caer sobre Isidro la avalancha de su indignación.

—Parece mentira, hombre... Y no creas que yo pienso ojetar nada contra el hecho de que tú y la Feliciano haigáis pactado el amontonaros, en uso de vuestra perfecta autonomía. Eso podrá escandalizar á los reaccionarios y á los unitarios, pero no á mí, que soy un ciudadano consciente y he pactado también muchas veces. El hombre es libre, la mujer es libre, el amor debe ser libre y autónomo... Pero lo que resulta una chiquillada, digna de azotes, es el dejar esa mocosa á su padre abandonado allá en las Carolinas. Yo voy á hacerle un rato de sociedad con más frecuencia que antes. El *Chispas* vive con él y no se las campanean mal. Hacen cada cachuela, que Dios se chupa los dedos. Pero el pobre *Mosco* está triste, le falta algo; no quiere que le nombren á la chica, y menos á ti. Bebe como un mosquito y cuando

tiene la tajá la toma con los guardas, y quiere irse á El Pardo, para matar cara á cara al que asesinó á *Puesto en ama*. Le habéis puesto de un modo, que el día menos pensado hará una barbaridaz.

Maltrana se conmovió, con hondo remordimiento, al pensar en el daño causado á aquel amigo. Sintió vehementes anhelos de reparar su falta. El señor Manolo podía interceder por ellos; él conseguiría que su hermano les perdonase.

—Lo que habéis hecho—continuó el *Federal*—es una chiquillada, que no tiene nombre. ¿Os queríais?... está bien: pues haber venido á mí, que soy la práctica, y juntos hubiésemos ido á las Carolinas á tener un rato de sociedad, y yo, con mi labia, habría presentado una moción... «Hermano: estos chicos se quieren, ya tienen edad de ser autónomos y deben confederarse ante la naturaleza. Además, las cosas no merecen otro arreglo: andan, después de cerrada la noche, muy agarraditos por los desmontes, según dicen las malas lenguas, y me recelo que se han comido el puchero antes de las doce. He dicho.» É iniciado el debate, habríamos discutido con todos los turnos que fuesen menester, y al reasumir yo, es seguro que, en uso de vuestros derechos individuales, os habríais ido al catre, sin que el *Mosco* las echase de tirano centralizador. Pero ahora, después de vuestra calaverada sin sustancia, veo difícil que encaucemos el debate.

Maltrana, impulsado por el remordimiento, tuvo un arranque de audacia, y habló de ir con el capataz en busca del *Mosco*, para pedirle perdón.

—No: es demasiado pronto—dijo el señor Manolo.—No vayas; si te presentases así, de sopetón, sería capaz de tratarte lo mismo que á un gamo. Tiene unas ganas locas de matar á alguien. Déja-

me que yo lo arregle; tú no sabes adónde llega mi habilidad; figúrate que estás hablando con la mismísima diplomacia.

Él ablandaría poco á poco á la fiera. Mientras ellos no fueran por allá, no correrían peligro alguno. El *Mosco* permanecía en sus territorios y juraba no volver á Madrid, por no encontrarse con los fugitivos. Le enfurecía que le hablasen de ellos. El señor Manolo no los mentaba nunca, y eso que sabía dónde se ocultaban desde la semana siguiente á la de su fuga. Vivían cerca de la plaza de la Cebada, en la casa de un reaccionario, de un loco, que repartía estampas y regocijaba á la gente con sus sermones.

—Yo lo sé todo—dijo el capataz riendo ante el asombro de Maltrana.—En mi oficina se habla de cuanto ocurre en Madrid.

Y miraba su oficina, la ancha acera, con su incesante corriente de transeuntes y sus vendedores de plantón, pregonando billetes del próximo sorteo, gomas para los paraguas, libros baratos y perrillos de cría, con un cascabel al cuello.

Se despidió Maltrana del señor Manolo, luego que éste le prometió interceder cerca del *Mosco* para que les perdonase. Podía marchar tranquilo, que en buenas manos dejaba el encargo. Él era la diplomacia.

Al llegar á su casa habló Maltrana de este encuentro. Feli lloró un poco, pero su dolor fué más breve de lo que esperaba Isidro. La vida ruda de las Carolinas, aquella existencia de nocturnas aventuras que separaba al padre de la hija, haciendo familiar en la casa el riesgo de la muerte, había embotado los sentimientos filiales de la muchacha. Tantas veces había visto al padre herido y próximo á morir, que el disgusto doméstico de su

fuga, lo apreciaba como un incidente de escasa importancia. En ella no existía otro sentimiento vivo que el del amor.

—Que arregle tío Manolo todo eso—acabó por decir.—que nos perdone padre. Pero nada de separarnos, ¿eh? Contigo, siempre contigo.

Una mañana, al pasar Isidro después de las nueve por la Puerta del Sol, con dirección á la Biblioteca Nacional, reconoció en la entrada de la calle del Carmen, el carro de *Zaratustra* por los bizarros adornos de su caballería. El filósofo de la busca, estaba sentado dentro del vehículo con las barbas esparcidas sobre las rodillas, aguardando á su criado el *Bobo* que recogía el estiércol de los pisos altos.

Zaratustra se incorporó al reconocer á Maltrana. Reía maliciosamente: guiñaba sus ojillos al verle por primera vez después de su fuga con Feliciano que tanto había dado que hablar á las gentes de las Carolinas.

—No vayas por allá, muchacho—dijo poniéndose serio.—El *Mosco* es muy bruto y está que echa chispas. Han pasado dos meses desde que os fuisteis, pero te soltará un escopetazo lo mismo que el primer día. Algunos chavales de la busca que querían á la Feliciano, han averiguado dónde vivís, y le llevan este soplo y otros. Un día habló con tu abuela y la dijo que te matará si te encuentra al paso... Pero buscarte, no creo que te busque. Se pasa las noches en El Pardo, y algunas veces va de día. Es una rabia de cazar, una locura. Me han dicho que los guardas andan de cabeza. Comenzaban á hacer la vista gorda por huir de compromisos, pero ahora se desesperan y gritan: «Quiere que le matemos.» El mejor día, cazando el rey, se va á encontrar con el *Mosco*,

que anda por todo El Pardo como si fuese de su propiedad.

Zaratustra pasó repentinamente á hablar de la muchacha.

—Te has llevado lo mejor del barrio, granuja. ¡Los que te envidian por allá y desean verte morir!... Pero lo que has hecho es propio de tus pocos años. ¡Ay, si tuvieses los míos! ¡Si poseyeras mi sabiduría!... Ya te cansarás: el amor es un sarampión de cabeza, que todos sufrimos á cierta edad. Cree, muchacho, que el hombre está mucho mejor solo. Ya sabes que yo pasé unos cuantos meses en la Modelo. La di tal paliza á mi tercera mujer, que la dejé chorreando sangre al pillarla con un criado que era joven. Y la muy perra tenía cerca de sesenta años. Cuando salí de la cárcel, volví á tomarla, y al morir ella tomé otras. Todas son iguales, y hay que tragárlas como son ya que las necesitamos. Te lo dije otra vez: el hombre es un animal noble y altivo; la mujer...

—Si, *Zaratustra*, lo sé—interrumpió Maltrana que temía la charla del viejo.—La mujer, si no tiene su buen traje, su bota ajustada y demás señorío, da su cuerpo al demonio. Adiós, gran filósofo: expresiones á la abuela.

Zaratustra no le dejó marchar hasta enterarse de las señas de su domicilio. Alguna mañana que acabase pronto su tarea iría á verles y echarían un párrafo. La Feliciano se alegraría de hablar con el señor Polo que la había visto nacer.

Transcurrió algún tiempo, sin que nuevos encuentros viniesen á recordar á los dos amantes el grave trastorno que habían causado con su fuga en la vivienda del cazador.

Isidro carecía de trabajo, pero aún duraba en las prudentes manos de Feli una parte del di-

nero del marqués de Jiménez. Había visitado á éste, por si le ocurrían nuevas ideas y le tentaba el deseo de publicar otros libros; pero el prócer estaba en plena luna de miel literaria.

La obra reinaba esplendorosa, con su magnífica cubierta, en los escaparates de las librerías. ¿Venderse?... ni un ejemplar. El senador lo declaraba con desaliento: nadie quería enterarse de la verdadera solución del problema social. ¡Qué país!... así andaba él. Calíentese usted la cabeza, trabaje usted noches y noches, estudie condensando en innumerables notas toda la sabiduría del mundo, para que después le hagan á uno menos caso que á un novillero.

El marqués lanzaba estas lamentaciones ante el joven, olvidando momentáneamente su intervención en la obra. Pero de esta indiferencia del público, le compensaban los elogios de sus compañeros de la Alta Cámara, á los que había regalado el libro y lo conservaban intacto sobre la mesa sin cortarles las hojas; los sueltos laudatorios de los diarios, obra también de gentes que no hacían más que pasear la mirada por el índice.

El prólogo del jefe lo habían publicado todos los periódicos del partido.

—¡Qué hombre, amigo Maltrana!—exclamaba el senador.—¡Qué talentazo! ¡Y qué modo de escribir tan... castizo!

Se olvidaba, en su entusiasmo, de quién era el que le escuchaba, y seguía en sus elogios al jefe y á la bondad con que le cubría de alabanzas en varios pasajes del prólogo.

El marqués de Jiménez no pensaba publicar otro libro hasta el año siguiente. Era un mal el prodigarse. Además, sentíase fatigado, pues una obra

como la que acababa de publicar, no se escribe todos los meses.

Lamentábase en presencia de Maltrana de sus fatigas y trabajos, con una sinceridad que daba ganas de llorar... Por ahora, no tenía otra ocupación que leer las críticas de los periódicos. Pasaba las noches en un sueño inquieto, temblando por lo que podría decir la prensa al día siguiente, y cuando encontraba un pequeño suelto laudatorio, lo leía á la familia, y encerrándose en su despacho, pasaba las horas contemplando con ojos amorosos el pedacito de papel, para mostrarlo después, con ademán displicente de grande hombre fatigado de la gloria, á todos sus visitantes.

Maltrana renunció por el momento á todo encargo de trabajo por parte del senador. Pero su fe no se alteró por esto: otros le proporcionarían nuevas tareas. Al verse falto de ocupación, dejó de estar en casa, y pasó las tardes en el Ateneo ó en los cafés, discutiendo con la juventud literaria. De noche comenzó á recogerse tarde, aconsejando á Feli que le esperase acostada. La literatura imponía deberes: era preciso dejarse ver para hacer carrera y adquirir un nombre, asistir á los estrenos de los teatros, intervenir con interrupciones en los debates del Ateneo, hacerse notar en las interminables y estériles disputas sobre si hay Dios ó no lo hay, y acerca de la separación de la Iglesia y el Estado.

Una mañana, Feli le despertó, cuando estaba en lo mejor de su sueño. La noche anterior había intervenido en una discusión sobre «la filosofía de lo maravilloso», y aunque con la certeza de que esto no podía reportarle ningún beneficio positivo y los periódicos no le dedicarían más allá de una línea, descansaba satisfecho de su tarea.

El grande hombre inédito, se despabiló al oír que en el despacho le aguardaba su padrastro, el señor José, mostrando gran agitación. ¿Qué le quería el bueno del albañil?

Cuando salió, el señor José, casi llorando, le agarró las manos.

—¡Qué desgracia, Isidro! ¡Qué vergüenza!... Si tú no arreglas eso voy á morir.

El joven le hizo sentar, tranquilizándolo. ¿Qué era ello? No había que apurarse, pues para todo hay remedio. Y el albañil, en presencia de Feli, habló de Pepín, del famoso *Barrabás*, que iba á ser motivo de su muerte.

Estaba en la Cárcel Modelo. Tres días antes lo habían cogido con otros golfos, por un robo de bronces y alambres en una fábrica de Vallecas. Hacía más de un mes que había huído de la calle de los Artistas, sin que el padre pudiese averiguar su paradero. Esta fuga no era la primera. Ya sabía Isidro que varias veces había desaparecido, sin que le corrigiesen las palizas que le propinaba al volver. Tenía piel de perro, según afirmaba el señor José. Ni golpes, ni consejos, habían servido de nada al padre. Era un golfo, pero de los de marca: el talento de su hermano para los libros, lo tenía él para el mal. Colocábase al frente de sus camaradas, como más atrevido, y éstos lo alzaban capitán.

—¡Lo que me ha hecho sufrir!—continuó el señor José.—He perdido varios jornales en un mes por dedicarme á su busca y captura, y todo inútil. Y eso que yo aún conservo cierto olfato de mis tiempos de guardia civil. He pasado días enteros en las inmediaciones del cerro del Pimiento. Me dijeron que andaba por allí con una cuadrilla de pillos y cierta pelona, que es su querida; la *Piqui-*

rrí, una chicuela, seca como una caña, con la cara llena de costurones, que vende periódicos en la Puerta del Sol y se arremanga para que los señores viejos la vean unas pantorrillas que parecen flautas. No he podido atraparle... Después, le busqué en la montaña del Príncipe Pío, en unas cuevas que hay debajo de los cuarteles por la parte de la estación del Norte. Creí pillarle en lo que llaman el *Palacio de Cristal*, un chamizo donde se juntan los golfos con todos los plumeros y pericos que esperan á los soldados cerca de los cuarteles... Tampoco le vi. Y anoche, hablando en los Cuatro Caminos con un chico de Zamora que sirvió conmigo y está en Orden Público, supe el paradero del granuja. Está en la Modelo: tú fijate bien, Isidro: ¡un hijo mío en la Modelo!... Yo, que soy su padre, podré parecer toscó y pasar por ignorante, pero allí donde he estado, nadie ha tenido qué decir de mí, y los jefes me citaban como modelo de honradez.

El señor José llevábase una mano á los ojos, fregoteándolos, para que las lágrimas retrocediesen. ¡Un hijo suyo en la cárcel!... Le parecía que todo su pasado de áspera integridad y honradez feroz se derrumbaba de un golpe. ¡Quién le hubiera dicho, cuando con el fusil al hombro conducía delincuentes esposados por las carreteras, que él, el soldado de la ley, el guardián del orden, procrearía carne de presidio, aumentando con un individuo más el ejército sombrío y desesperado que vivía en guerra continua con la sociedad!

Ya no tendría valor para detener en las calles á sus antiguos jefes, pacíficos veteranos que vegetaban en Madrid, abrumados por las estrecheces del sueldo de retiro. Ya no osaría decir:

«¿Cómo va, mi capitán?» á aquellos señores que, recordando su pasado de probidad y obediencia, le estrechaban la mano como si fuese un igual, preguntándole por la familia. ¿Cómo iba á contestarles que un hijo suyo, el único, estaba en la cárcel por ladrón?... Aquel miserable le hacía abandonar el mundo de los buenos, le arrebatava para siempre el orgullo de una virtud que era su único lujo. ¡A los catorce años, en la cárcel, y llevaba su apellido, que tantas veces había alcanzado elogios por servicios á la sociedad!...

—Yo deseo, Isidro—siguió gimoteando el señor José—que en este asunto hagas lo que puedas. Ciertamente no sé lo que quiero. No te pido que le saques de allí: aunque esto pudiera ser, yo me opondría. Que se pudra en la cárcel: que se muera... ¡por pillo!

Pero tras estas palabras enérgicas, reaparecía el padre.

—Quiero—continuó con dulzura—que vayas á verle. Yo no puedo ir: creo que me lo comería, que le haría pedazos si le viese... Tú tienes otra labia: él te respeta y te hará más caso. Sermonéale: si ha caído, al menos que se corrija y se arrepienta. Grandes criminales he visto que acabaron como personas honradas. Y... (aquí titubeó) y si conoces al escribano que tiene la causa ó alguna otra persona que pueda influir, hazlo por Dios. Que el muchacho salga de este mal paso, que una vez esté en la calle yo le cogeré, y antes muere á mis manos que vuelve á escaparse.

El señor José estaba trastornado por el suceso.

¡Qué mundo, señores! Parecía cambiado y con gentes distintas á las que él había conocido en sus tiempos juveniles. Creía que los buenos formaban